

eso no quiero rejuvenecerla, ni cambiar nada. Mi *Pecadora* reaparecerá bajo su antigua forma, en la época de su esplendor y rodeada de las mujeres de su tiempo, las cuales viven todavía en su mayor parte: las unas en la tristeza y el silencio, y las otras ricas aún, brillantes y casi hermosas. En cuanto al libro, imprimíle tal como está, con todas sus faltas, sus incorrecciones, sus inexperiencias y sus candideces. Quiero volver á leerle así para darme cuenta de los progresos que he podido hacer en veinte años.

—¿Cuándo me le daréis?

—Mañana, si es que existe todavía un ejemplar.

—¡Oh, es seguro que en París habéis de encontrar una pecadora!

—No es tan seguro en el mes de Agosto, porque se van todas á las playas á tomar baños de mar.....

Debió quedar, sin embargo, olvidado alguno en las librerías de nuestros boulevards, porque al día siguiente le recibí por el correo, pues Adolfo Belot había ya emprendido su vida errante por la tierra y vuelto á partir, esperando su carrera de planeta en planeta.

Conforme con sus intenciones, publico hoy, sin cambiar nada, esta obra de la juventud y este libro de verano.

EL EDITOR.

LA PECADORA ⁽¹⁾.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1623 MONTERREY, MEXICO

I.

París, desanimado durante seis meses por la falta de un sinnúmero de familias que le han abandonado para ir á baños, á los establecimientos de aguas medicinales y á las casas de campo, ha vuelto á recobrar su habitual aspecto. Hubieran podido todavía esas familias vagabundear algún tiempo más en las campiñas, en las playas y sobre las montañas, porque el otoño ha sido tan delicioso, que parece que aún disfrutamos de la agradable temperatura de la primavera pasada; pero, sin embargo, á la caída de la tarde el termómetro baja rápidamente, y hace que desaparezca nuestra ilusión. En lugar de dirigirse la multitud, como en otro tiempo, hacia

(1) Hemos variado el título de *Cortesana*, con que el autor designa esta novela, por el de *La Pecadora*, que creemos más apropiado á su argumento.

(N. del T.)

los Campos Elíseos para comer al aire libre; para asistir á los conciertos ó presenciar las carreras, se repliega en los boulevards, se va á los cafés ó se detiene ante los anuncios de los teatros para elegir al que debe acudir. Los placeres del verano van siendo reemplazados por los del invierno. La cesta del vendimiador va á ser trocada por el arado del campesino.

El boulevard de los Capuchinos, animado durante el día, surcado por la multitud que le recorre, ya á pie ó ya en carruaje, empieza á quedar desierto. Se creería estar en una población de provincias, si el gas no brillara por todas partes; si no se adivinase que á la vida exterior ha sucedido una vida más íntima, más activa aún y más poderosa; si no sintieran confusamente los ruidos producidos por una lejana actividad que parece acabarse, terminarse más y más á medida que el tiempo transcurre. Una ciudad activa y populosa bulle, produce aún ruido entre las sombras de la noche.

Algunos paseantes que se han retardado, caminan por las aceras. Uno de ellos, con las manos metidas en los bolsillos y el cigarro en la boca, va y viene desde la calle de *Laffitte* á la de *Taitbout*: parece impacientarse, y mirando á su reloj, acelera el paso; pero en aquel momento se fija en un carruaje particular que avanza á trote largo arrastrado por un magnífico caballo. Reco-

noce sin duda el carruaje, porque en su rostro se dibuja un gesto de satisfacción, y, adelantándose hasta el borde de la acera, espera allí al carruaje, que se detiene casi á su lado. Desciende de él un hombre como de cuarenta años, y al reconocer á quien le aguarda, se dirige á su encuentro rápidamente.

—Mil perdones, querido Conde (le dijo, al unirse á él). ¿Os he hecho esperar mucho tiempo?

—Medía hora próximamente: nos habíamos citado á las siete.

—Tenéis razón; he caído en falta; pero ya veo en vuestra sonrisa que me habéis perdonado. ¿Adónde queréis que cenemos?

—Lo más cerca posible, si os parece bien.

—Entonces, vamos á casa de Verdier.

—Vamos allá.

Y se dirigieron hacia la puerta del restaurant de la *Maison-Dorée* que da al boulevard.

Atravesaron el primer salón, saludando con la mano á algunas personas conocidas, y sin detenerse en él, entraron en una extensa sala del piso bajo, que tiene vistas sobre la calle de *Lafitte*.

Casi todas las mesas estaban ocupadas ya; pero Verdier les salió rápidamente al encuentro, y diciéndoles que les había reservado una, se apresuró á guiarles hasta ella. No hay nada más natural que estas muestras de deferencia dadas por el amo de un establecimiento público á aquellas personas que tienen la atención de ir á su casa á gastar el dinero. En provincias es lo que sucede, y á nadie le extraña; pero en París, en las casas de cierta importancia, los dueños no suelen hacer estas demostraciones de cor-

tesía más que á algunos espléndidos clientes....; y hay muchos de éstos á quienes las alabanzas del dueño hacen olvidar que la comida pudiera ser mejor y menos cara.

Los dos recién llegados, que eran sin duda parroquianos asíduos de la casa del señor Verdier, fueron objeto de grandes atenciones, siguiéndole sin casi apercibirse de ellas, mientras que éste les dirigía esa mirada parisién medio velada, que parece no fijarse, no ver nada, y que, sin embargo, se fija y lo ve todo.

Cuando llegaron cerca de la mesa, se quitaron sus abrigos, sentándose uno enfrente de otro.

Desobry, que era el que se había hecho esperar, parecía tener cuarenta años. Estaba perfectamente vestido, haciendo olvidar los rasgos vulgares de su fisonomía el esmero con que cuida de su persona, sus maneras de hombre de buena sociedad, y su inteligente sonrisa.

Huérfano, sin familia, pudo elegir una carrera á su antojo, lanzándose en aventurados negocios. Gracias á su inteligencia, á su criterio y perseverancia, y también á un poco de suerte, se hizo rico en poco tiempo. Después de haber tenido la dicha de hacer fortuna, tiene aún la más rara de sabérsela gastar alegremente. No se priva de nada, ni aun del placer de convidar á un amigo á almorzar cuando se aburre de ha-

cerlo solo. Si no presta dinero á las gentes que quiere, le tiene en cambio siempre á la disposición de los amigos inoportunos: este es el medio de no volverlos á ver, y de que á veces no le saluden, huyendo por no pagarle; pero con objeto de tener estas ventajas no retrocede ante ningún sacrificio. Un sistema particular le ha permitido también conservar sus ilusiones sobre las mujeres entretenidas, que son las únicas cuyo trato frecuenta. En efecto: no deja jamás á ninguna tiempo para pedirle, apresurándose á dar antes que se le reclame: de este modo evita toda carta indiscreta, y puede creer á su gusto en el inmenso desinterés de sus queridas. Bajo esta apariencia grosera de banquero filósofo y de hombre de mundo, se esconde un corazón capaz de grandes pasiones.

Su compañero se llama el conde de Orchamps, y es un noble de pergaminos. Grandes estudios impuestos por un padre rígido, le han hecho útil para todo, y por lo mismo no ha hecho nada: encontrando despreciables los pequeños destinos para su gran saber, y no pudiendo obtener uno de los lucrativos por falta de influencia, se ha dedicado á no hacer nada.

No había tenido bastante fortuna para vivir ocioso, pero no era tampoco lo suficientemente pobre para sentir una necesidad inmediata de trabajar á la muerte de su padre. Esta es la des-

gracia de nuestros jóvenes de hoy día: debían hacer sin un franco ó con cien mil de renta. Renunciando, pues, á tomar un empleo, el conde de Orchamps había corrido tras las mujeres, y se había hecho asiduo concurrente de los círculos y del Hipódromo; pero tuvo que poner orden á tanto desorden, cuando se apercibió un día, cinco años después de la muerte de su padre, que su último franco había desaparecido en el baccarat. Se preguntó entonces si no había llegado el momento de levantarse la tapa de los sesos; pero sus principios sobre el suicidio, los únicos que tenía, le alejaron de aquel fin trágico. Prefirió ensayar á vivir como pudiera, de los azares del destino.

Mientras damos estas explicaciones, el almuerzo se había acabado: la cuenta fué pagada por Desobry, después de lo cual, cogidos del brazo, fueron á pasearse al Boulevard.

—¿Qué hacemos esta noche?—preguntó el Conde.

—¿Queréis venir á Variedades?

—No encontraremos localidades, porque hay un estreno.

—Me he procurado dos butacas de orquesta.

—Sois un hombre magnífico; pensáis en todo. Vamos, pues, á Variedades. ¿Veremos allí á Leona?

—Es probable: no falta nunca á los estrenos.

—¿Y cómo está?

—Creo que bien. ¿Por qué diablos me preguntáis eso?

—¿Á quién queréis que se lo pregunte sino á vos?

—No os comprendo.

—¿No sois su amante?

—¡Yo! No, nada más lejos de eso.

—Pues, sin embargo, lo cree todo el mundo.

—Pues se engaña el mundo.

—¿Qué clase de relaciones os unen, pues, con ella?

—Muy sencillas: las de la amistad.

—¡Me extraña! ¿Y encontráis divertido ser amigo de una mujer como Leona?

—¡Ya lo creo! (dijo Desobry): es una cosa magnífica, y me extraña que vos no lo sepáis. Creedme, amigo mío; estas mujeres son, como amigas, tan cariñosas y agradables, como desagradables son la mayor parte del tiempo como queridas. Tienen para vos atenciones y ternuras infinitas, de que sus amantes jamás disfrutan. No tenéis que sufrir ni sus rabietas, ni escenas de celos, ni inoportunas pretensiones de dinero. Os colman de cuidados, os cuentan sus pequeñas aflicciones, sus secretos de mujer; os hacen admirar todos los artificios con los cuales enamoran á los hombres, y sólo con vos son francas. Podéis llegar á ser su amigo íntimo en muy poco tiem-

po. No os hablo del agradecimiento de que son capaces, que es real, y se explica perfectamente: vuestras visitas, que no tienen ningún objeto interesado, son las lisonjas más agradables que podéis hacerlas. Irlas á ver solamente por el placer de verlas, cuando todos los demás van por otra cosa, es darlas una prueba de estimación y de que las tratáis como á mujeres honradas, y eso lo agradecen mucho. Vuestra amistad conmueve su corazón, mientras que vuestro amor no hace más que halagar su vanidad; pero como esta vanidad existe, cuidad de presentaros al principio como amante, no como amigo, porque si no creerán que desdeñáis su hermosura. Si empezáis por ser su amante..., aunque no sea más que una noche, y después os detenéis y procuráis ser su amigo, es casi seguro que lograréis conseguirlo.

—¿Habéis empezado, pues, por ser el amante de Leona?—preguntó Orchamps.

—Sí, es toda una aventura.

—Contádmela.

—Voy á hacerlo.... La hice el amor durante algún tiempo; un amor delicado, respetuoso, enviándole algunos regalos, que consistían en palcos para el teatro y en ramos de flores....

—¿Es así como entráis en materia?

—Sí; algunas veces, cuando tengo tiempo que perder, me hago el enamorado, y me es-

condo, si hay necesidad, en un armario. Esto me priva de mi papel habitual, que es ver á los demás esconderse cuando llamo á la campanilla. Es divertidísimo eso de ocultarme, en lugar de que se oculten al presumir mi presencia.

—Cada cual se divierte á su modo: continuad.

—Sin embargo, confieso que al cabo de quince días, el papel de enamorado comenzó á hastiarme, por lo cual me decidí á hacer ofrecimientos de capitalista, y, en efecto, ofrecí gruesas sumas....

—¿Y aceptó, no es eso?

—Al contrario, no aceptó, y me envió á paseo, diciéndome de una manera muy fina que recibía los regalos, y se entregaba á veces; pero que jamás se vendía. Me dijo también que si la hubiera gustado, tal vez hubiera consentido en pertenecerme; pero que no experimentando ningún capricho por mí, no tenía motivo para hacerme dichoso con su posesión.

—¡Ah! ¿Conque os dijo eso? ¿Qué entretenida hay que diga otra cosa? Según ellas, no se venden nunca; se entregan porque nos aman, solamente que toman antes de entregárenos los datos que creen precisos, y averiguan si tenemos por costumbre enviar al día siguiente la suma ó el regalo á cuyo precio se cotiza su cuerpo, según los apuros ó necesidades del momento. Se conoce que quería entusiasmaros.

—Querido amigo (respondió Desobry): tengo cuarenta años, y una buena fortuna; he vivido siempre en París, y mi mayor debilidad ha sido gustarme mucho las mujeres. Con esto quiero deciros que conozco todos los secretos y todos los resortes de la clase de mujeres de que hablamos; así es que mi historia prueba evidentemente que Leona no se parece á sus semejantes, á pesar de vuestras suposiciones. Si me permitís, voy á continuar.

—Os escucho.

—Cuando me escribió en el lenguaje de que os he hablado, me empeñé más, y como ya estaba muy interesado, la repetí mis ofrecimientos, doblando la cantidad. Me contestó, rogándome políticamente que la dejase tranquila; y como no tenía nada más que decirle, desaparecí, consolándome con otra; no recuerdo con cuál, ¡poco importa! Dos meses después, y cuando ya me había olvidado de esta aventura, recibí una carta, en que me decía, en estilo brusco, que se encontraba en un apuro y necesitaba dos mil francos, rogándome que se los prestara por un mes.

—¡Ah! Ya pareció aquello,—dijo Orchamps.

—No, estáis equivocado; no caéis en ello.... Me pareció muy agradable hacer un favor á aquella mujer, que, á pesar de su resistencia en pertenecerme, había estado siempre amable y deferente conmigo, y la envié los dos mil francos

que me pedía, teniendo la delicadeza de no ir por su casa á recibir las gracias por mi desprendimiento.

—¡Sois un hombre admirable! ¡Nacisteis para rico!

—Pasó el tiempo (continuó Desobry); y ya daba por perdida dicha suma, cuando un día Leona me rogó que fuese á verla. Cuando me vió, me apretó la mano más cariñosamente que nunca, y haciéndome sentar: «Me he comprometido (me dijo) á devolveros al cabo de un mes los dos mil francos que me habéis enviado tan galantemente. El plazo ha espirado; pero por una serie de acontecimientos que no había podido prever, me encuentro en la imposibilidad de cumplir mi promesa. Permitidme que os pague de otra manera.... En otro tiempo habéis deseado que fuera vuestra, y me ofrecisteis fuertes sumas, muy superiores á la que os debo. Pues bien: si gustáis, á cambio de ella, os dedicaré hoy toda la noche». Yo respondí lo que debe responderse en semejantes ocasiones: que había sido dichosísimo al poderla servir; que seguía queriéndola, y que la rogaba que fuera mi deudora siempre. «No (dijo Leona): creeréis más tarde que he representado una comedia explotando vuestra delicadeza, y de ninguna manera quiero que penséis esto.» Y tomando de repente una decisión: «¿Y si no se tratase de una canti-

dad que tengo que pagar, sino de un capricho que quiero satisfacer? ¿Y si me gustaseis? ¿Por qué no ha de ser esto? Muchos, menos dignos de ser queridos, me han agradado». Y entonces, levantándose, se arrojó sobre mi cuello.

—¿Y qué más?—preguntó Orchamps.

—Al día siguiente, cuando la dejaba, estaba más enamorado que nunca, y la ofrecía una posición magnífica con tal de... poder pasar otras noches como aquella. «No (me respondió); tomo un amante cuando me conviene; pero un querido que me mande, nunca. Quedemos amigos, y venidme á ver cuando gustéis; pero no me pidáis más...» Algunos días después me envié mis dos mil francos.

—Verdaderamente, es asombroso; nadie lo creería....¿De manera que no os ha costado nada?

—Nada (respondió Desobry). He continuado siendo su amigo, nada más que su amigo... Y en esta intimidad me sorprendió á menudo al estudiar esta hermosa criatura, llena de asombrosos contrastes; enérgica y débil; á veces seria y á veces loca; expansiva y fría; dulce y tierna hasta conmover el corazón; después, dura y seca hasta romperlo; enfurecida, es capaz de llegar hasta la infamia; buena hasta la debilidad, tan pronto se enamora y da consejos morales, como abandona y pervierte á aquel á quien una hora antes adoraba.... Os lo repito: no

se parece á las demás entretenidas; tiene algo de la cortesana y mucho de la mujer honrada.

—Sin embargo (replicó el Conde), acabo de recordar un detalle que no concuerda con la imposibilidad que tuvo Leona de pagaros la cantidad que la habíais prestado; se me ha asegurado que un amante riquísimo la había dejado en otro tiempo, al morir, una fuerte suma perfectamente colocada.

—Es verdad (dijo Desobry); y al saberlo, no pude resistir la curiosidad de preguntarla por qué se había encontrado en una necesidad tan imperiosa de dinero. «¡Oh! La suma de que me habláis (dijo Leona), no me pertenece; es sagrada para mí, y nunca tendré valor de emplearla para pagar mis gastos.» Y tenía al decir esto un aire tan grave, se había puesto repentinamente tan seria y triste, que me arrepentí de haberla interrogado. Hemos llegado á Variedades: entremos, si os parece.